



INTRODUCCIÓN

I

El concepto de historia implica, por lo menos, dos acepciones: por una parte, entendemos que historia es el acontecer, la realidad en la cual vive el hombre, el conjunto de acciones humanas realizadas en el tiempo y en el espacio; por otra, historia es también la disciplina que estudia dicho acontecer o que narra las acciones humanas de otras épocas. Raymond Aron explica que “la realidad y el conocimiento de la realidad son inseparables uno del otro”¹ y que a ello se debe la ambigüedad del término *historia*. Esta ambigüedad no es propia del castellano; en inglés, francés, alemán e italiano sucede lo mismo. En última instancia, son históricas la realidad y el conocimiento que se pretende tener de ella.

Para salvar la confusión, el pensador transterrado español José Gaos insiste en la necesidad de llamar *Historia* a la realidad e *historiografía* a “la ciencia o género literario que la estudia”². Con ésta distinción se supera el equívoco.

hablar genéricamente de la Historia, esto es, del acontecer secular, humano, es materia de la filosofía de la historia, en su sentido tradicional. Objeto de grandes especulaciones fue el tratar de aprehender la pluralidad dentro de unidades significativas. Vico, Herder, Hegel y otros pensadores establecieron grandes sistemas según los cuales marchaba el curso de la historia. En el siglo XIX, la filosofía de la historia se convirtió en sociología, lo cual apuntaba ya con Condorcet, y en las teorías de Augusto Comte y Karl Marx se tiene a los últimos

¹ Raymond Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, traducción de Pedro López Cortizo, Madrid, Tecnos, 1962, 209 p., (Colección de Ciencias Sociales, 23), p. 13.

² José Gaos, “Notas sobre la historiografía”, *Historia Mexicana*, v. IX, núm. 4, abril junio de 1960, p. 481.

grandes sistemas. Después de ellos ha seguido una reflexión sobre la historia que sustituye el establecimiento de sistemas por fundamentaciones acerca de una teoría del conocimiento histórico. Cabe señalar que de los grandes sistemas de los pensadores aludidos queda esa fundamentación epistemológica por encima de la organización sistemática que plantearon a la historia.

La historiografía ha resentido de manera directa la mudanza experimentada por la filosofía de la historia. En ocasiones ambas posturas fueron sinónimas; en otras, se apartaron decididamente. La reacción contra Hegel, formulada por la escuela científica alemana, dio lugar a un tipo de historiografía monográfica y erudita, que pretendía agotar cuanta fuente existiera acerca de tal o cual tema. La pretensión de esta práctica historiográfica era alcanzar la imparcialidad haciendo que el pasado hablara por sí solo. Indudablemente que la escuela alemana de Ranke dotó de rigor a la investigación y que muchos de los hallazgos documentales en cierta forma llegaron a poner en crisis a las grandes reglas del comportamiento histórico. Pero, como toda creación humana, esta práctica llegó a su fin en el sentido de sus propósitos de objetividad e imparcialidad científicas. La lectura atenta de las obras de los eruditos mostró que la imparcialidad buscada era una quimera; que en el peor de los casos, esa historia era un manejo de “tijeras y engrudo”³ y en el mejor que la historiografía científica sí acusaba la participación del sujeto que emprendía la investigación.⁴

Sin desechar el rigor metodológico, la historiografía tomó conciencia de la importancia de la actuación del sujeto investigador frente a los materiales que le permiten emprender la obra historiográfica. La reacción contraria al científicismo historiográfico no debe malinterpretarse como una vuelta a la especulación gratuita (si es que lo fue algún día) sino como una toma de conciencia del historiador de su papel frente a la historia.

³ Así lo designa R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, 323 p., quinta parte.

⁴ Vid la primera parte de Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, 350 p.

Ya Francis Bacon se refería a la actividad del hombre de ciencia moderno (escribía en el siglo XVI), como similar a la de las abejas. Decía Bacon en su *Novum Organum* que mientras las hormigas se dedican únicamente a acumular material y las arañas a tejer sus telas con su propia sustancia, la abeja toma un curso intermedio: recoge el material de las flores del jardín y del campo y lo transforma con la sustancia que tiene para dar lugar a un producto nuevo, síntesis de la acción de un sujeto sobre un objeto.

A pesar de los siglos transcurridos entre la publicación del *Novum Organum* y nosotros, aún hay quienes confunden la actividad que les corresponde y en la disciplina histórica podrían citarse ejemplos de hormigas y arañas.

La historiografía puede ser ciencia o género literario. En cuanto a las finalidades, la disyuntiva es inminente. O es una ciencia que trata de encontrar leyes generales acerca del curso del hombre en el tiempo y en el espacio, o es género literario y su finalidad consiste en establecer un diálogo conciente entre el pasado y la circunstancialidad presente del sujeto.

Pero en sus medios y no en sus fines, las posibilidades científica y literaria de la historiografía no son disyuntivas. Si entendiéramos por literario algo únicamente relativo al sujeto y por científico algo exclusivamente relacionado con el objeto, entonces la polémica entre ambas posibilidades lo sería entre un grupo de arañas frente a otro de hormigas, sin que cupiera la existencia para las abejas. ¿En qué medida es científica o literaria la historiografía?

En rigor, se trata de un género ambiguo. No es plenamente ciencia ni es plenamente literatura. No es un conjunto de proposiciones lógicamente organizadas, probadas y demostradas y universalmente válidas. Tampoco es una expresión de la subjetividad íntima del hombre, únicamente. La historia de la historiografía nos ha dado amplias y muy satisfactorias muestras de esto último, pero la subjetividad del historiador, dada en su trabajo, se manifiesta circunscrita a un objeto. Obvio es decir que debido al objeto de estudio, la historia y la poesía, aunque géneros literarios, difieren totalmente entre sí. La historia es género literario; es ensayo y de ahí su posibilidad o pretensión científica; y de ahí, también, la necesidad de que sea tratada con el máximo rigor, un rigor *científico*, aunque en este caso la palabra no sea sino adjetivo.

El historiador, ensayista, trabaja como el hombre de ciencia. En primer lugar formula una hipótesis, después realiza la investigación y al concluirla está en posibilidad de establecer una tesis. El físico también hace lo mismo. Esta posibilidad de partir de una idea apriorística no es sino manifestar una cualidad que distingue al ser humano del resto de las especies. Ya que han salido a colación las abejas y otros insectos, cabe aquí transcribir un párrafo de Carlos Marx:

El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza... Una araña ejecuta operaciones que semejan a las manipulaciones del tejedor, y la construcción de panales podría avergonzar, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero, hay algo en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción la proyecta en su cerebro. Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso ya existía *en la mente del obrero*; es decir, un resultado que tenía ya existencia *ideal*...⁵

De la misma manera, el historiador tiene una idea previa de lo que pretende lograr. En el curso de la investigación se confirmarán o se modificarán las hipótesis, y el resultado será una adecuación entre la idea apriorística y la experiencia realizada. En este aspecto, la imaginación desempeña un papel fundamental en el trabajo historiográfico como también lo desempeña en el científico. En otros términos, no se procede a investigar un fenómeno histórico a partir de la ignorancia. Si bien la investigación sirve, entre otras cosas, para aprender, se llega a ella con un conocimiento previo de los lineamientos generales, en este caso, de la época en la que se pretende profundizar. Por alguna razón puramente subjetiva, el sujeto finca su interés en un momento histórico al cual tiene qué interrogar. Su hipótesis es lo que el historiador pregunta al

⁵ Carlos Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, traducción de Wenceslao Roces, 3 v., 3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1964, I, 130-1.

pasado. Las respuestas pueden estar en las fuentes, pero desde luego también están en el propio historiador. De ninguna manera esa acción es puramente mecánica.

La parte científica de la historia se encuentra en el rigor de sus procedimientos. En la consulta de los grandes textos de la historiografía, en los artículos especializados, en el material documental, en el archivo, en la biblioteca y en la hemeroteca. El aspecto literario no quiere decir lo contrario. No hay que entender esta oposición entre ciencias y humanidades (que no debe existir, puesto que se complementan) como la contradicción entre una práctica desenfadada y otra plena de rigores. El aspecto literario surge en el momento de comunicar lo que el rigor científico ha investigado. Como medios, pues, lo científico y lo literario no están en oposición; sí lo están si se les considera como fines.

La historia tiene, como muchas otras actividades tres instancias que la hacen posible. Un sujeto investigador, un objeto de estudio y un método. El sujeto es el elemento determinante. Su investigación sobre el objeto alcanza como resultado un acto de conciencia histórica. Su acción es un diálogo entre presente y pasado, pero su resultado no será un rescate del pasado o de un fragmento del mismo. En rigor, los únicos que encuentran fragmentos reales del pasado son los arqueólogos que descubren cerámica o edificios de la antigüedad. Pero eso es apenas una parte fosilizada del pasado; detrás de ella hubo hombres de quienes puede quedar mucha o poca memoria. Los hombres de ese pasado ya no existen, pero quedó algo de ellos. Esos testimonios permiten saber cómo estaban organizados socialmente, la forma en que se procuraban el sustento, los conflictos que se les presentaban y cómo los resolvían; las ideas que los orientaron y las creencias en que vivieron. En fin, lo que interesa es cómo manifestaron su humanidad en otros tiempos y dentro de cuáles circunstancias. La historia, la investigación histórica, es un constante indagar acerca de lo humano del hombre, de su vida.

Si bien el objeto de la historia nos puede proporcionar la información necesaria para respondernos a cuantas preguntas se nos ocurran acerca de él, es el sujeto, el *preguntón*, quien le da sentido a ese pasado; quien hace significativo al objeto. Sin su participación no hay objeto porque él lo concibe. El hombre, por ser humano, tiene conciencia histórica y el historia-

dor es el que dentro del grupo humano se dedica a indagar, precisar y exponer esa conciencia histórica. Y ténganse muy en cuenta las siguientes palabras de Raymond Aron: "El hombre aliena su humanidad tanto si renuncia a buscar como si imagina haber dicho la última palabra"⁶

La otra instancia de la historiografía es la relativa al método. Al respecto, conviene hacer un deslinde, ya que existen diferentes ideas al respecto. Por una parte, se entiende por *metodología* el aspecto teórico de la historia, es decir, la fundamentación que sustenta las investigaciones sobre la experiencia humana; por otra, método es aquí también el procedimiento mediante el cual se pretende obtener la recreación de tal experiencia. Los dos aspectos serían el metodológico y el metódico. Una teoría de la historia es una metodología: el positivismo, el marxismo, el relativismo, el historicismo, el estructuralismo, por ejemplo, son metodologías tanto de la historia como de otras ciencias humanas. Ellas son determinantes en los resultados de la investigación porque es a través de una de ellas como el sujeto procede a interrogar al pasado. Así es posible tener una versión positivista, marxista o historicista de la historia de México. El sujeto podrá estar afiliado ortodoxa o heterodoxamente a alguna de ellas.

El aspecto metódico es el técnico. Si bien la metodología influye en la técnica, en términos generales, ésta se rige por las reglas que pueden ser aceptadas y puestas en práctica por sujetos de diversas escuelas de pensamiento. La investigación histórica tiene estas dos vertientes, que en el lenguaje historiográfico se designan como *heurística* y *hermenéutica*. Ésta es la interpretación del contenido de las fuentes, el diálogo entre presente y pasado a través de una metodología, o dicho de otra manera, la interpretación de los hechos históricos dentro de un sentido que aporta el sujeto. La heurística, por su parte, es el conocimiento material de las fuentes. Este conocimiento exige de cualidades críticas del historiador. Debe determinar la autenticidad de los documentos, hacerlos asequibles, establecer su origen, el estado de su conservación y todas sus características físicas. Para que la hermenéutica tenga lugar, es menester haber realizado antes la labor heurís-

⁶ Aron, *Op. cit.*, p. 39.

tica. Los tratadistas de esta materia⁷ han procedido a establecer clasificaciones muy rigurosas de las fuentes, de acuerdo con sus peculiaridades propias. La heurística es la parte de la investigación que proporciona al sujeto el conocimiento de tipo instrumental, imprescindible, para hacer posible una obra historiográfica.

II

Cuando la teoría del conocimiento histórico estableció la relatividad de este conocimiento, el sujeto cobró una importancia que no se le había otorgado. La historia de la historiografía surgió como el estudio de las diferentes concepciones que de un mismo objeto han tenido los historiadores estudiosos de ese tema.

Si nos preguntamos por qué un objeto de conocimiento histórico como la revolución de independencia ha dado lugar a versiones tan diferentes, encontramos que la respuesta no nos la da el objeto sino el sujeto. La pregunta propia para encontrar una respuesta satisfactoria, de acuerdo con el relativismo histórico, estará dirigida al conocimiento de la circunstancialidad del sujeto. ¿Por qué Alamán hizo un gran alegato contra la Independencia? ¿Por qué difiere su versión de la del doctor Mora o la de Bustamante? Con respecto al objeto, puede haber material documental tomado en cuenta por unos e ignorado por otros. El constante hurgar en los archivos proporciona al investigador nuevas posibilidades de reinterpretación de un fenómeno histórico. Pero, supongamos que lo publicado por Juan E. Hernández y Dávalos y por Genaro García fuera la totalidad de fuentes primarias acerca de la Independencia: que ya no existiera un papel más en ningún archivo acerca de ella; esto posibilitaría a los investigadores a elaborar una historia de la Independencia con base en el cien por ciento de certezas. Sin embargo, por una parte la metodología y por otra, la circunstancia del sujeto, arrojarían resultados muy diversos. Y, aunque parezca exagerado, aun dos individuos con una metodología idéntica, escribirían dos historias distintas.

⁷ Vid. Guillermo Bauer, *Introducción al estudio de la historia*, traducción y notas de Luis G. de Valdevellano, Barcelona, Bosch, 1944, 626 p., pp. 218-72 y Jorge Luis Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *Las fuentes de la historia*, Buenos Aires, Cooperadora de Derecho y Ciencias Sociales, 1969, 71 p. *passim*.

La historiografía siempre tiene, en menor o mayor medida, un sentido político. Es obvio, cuando se habla de un Lucas Alamán, que en el pasado quiere encontrar los fundamentos de su acción conservadora; de un Zavala, que quiere mostrar las raíces de su liberalismo; de un Carlos María de Bustamante, que pretende elaborar el panteón heroico mexicano para dotar al naciente país de elementos del pasado que integren una nacionalidad. La historiografía de la Independencia realizada en la primera mitad del siglo XIX es transparente en sus propósitos.

El conocimiento de la historia de la historiografía debe partir, siempre, del conocimiento de la historia. Debemos preguntarnos por la participación del historiador en el proceso histórico-político, aunque se trate de un investigador profesional, de gabinete. Las ideas que rigen su trabajo de ninguna manera están desligadas de la sociedad, de la *polis* y por lo tanto son políticas. No hay que confiar en aquellos que anuncian la verdad absoluta en sus trabajos. Toda obra tiene una verdad, pero una verdad que pertenece al sujeto. Del objeto, se tienen certezas; del sujeto, una verdad que le es propia⁸

En el siglo XIX, en México surgió una historia oficial. Si analizamos el contexto histórico en el que aparece, antes de aceptarla o rechazarla, nos la podemos explicar. A grandes rasgos, la historia mexicana del siglo XIX, es la historia de una país que se independiza de un imperio ultramarino, que se ve en la necesidad de adoptar nuevas formas en su organización, en el que las estructuras novedosas chocan con la inercia histórica que sustenta un tradicionalismo; donde ese choque provoca luchas armadas y el constante experimentar uno y otro sistemas hasta que, en 1867, se establece una forma definitiva de gobierno —por lo menos hasta el día de hoy y por lo tanto de definición ante un contexto universal.⁹ La historia siguiente será la de la integración nacional del país, con sus consiguientes movimientos de evolución y revolución que sustituyen y definen estructuras sociales y económicas.

⁸ José Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, Madrid, Revista de Occidente, 1962, XII + 156 p., pp. 3-66.

⁹ Edmundo O'Gorman, *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, México, Fundación Cultural de Condumex, Centro de Estudios de Historia de México, 1969, XII + 93 p.

La historia oficial tiene entre sus antecesores más destacados a Carlos María de Bustamante. Ya dijimos cuál fue su propósito. En 1865, dentro del segundo imperio, Manuel Larráinzar señalará la necesidad de escribir una historia general de México, que sirva, en última instancia, de punto de unión a los mexicanos. Si, de acuerdo con Renan, una nación es un proyecto a realizar¹⁰ es menester realizarlo a partir de algo. Así como se proyecta un deseo para el porvenir, se le da al pasado una unidad coherente para que, en la conciencia histórica, se arraigue la idea de unidad nacional. Larráinzar no realizó personalmente su empeño, pero dejó una base muy firme para que otros lo hicieran.¹¹ En 1872 don José María Vigil hablará de la “necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria”.¹² Los fines que persigue son los que apuntamos antes. El propósito que lo anima es la necesidad de superar el “complejo de inferioridad” que los mexicanos tenían —a su entender— en ese momento. Finalmente, la gran historia oficial aparecerá con *México a través de los siglos*. Se trata de una obra que, dentro de un plan de evolución de México hacia un presente benéfico, está escrita por el grupo liberal que ganó en 1867, entre otras cosas, el derecho de escribir la historia mexicana. Una historia inspirada por un Estado que fue creado por los autores de esa Historia. El punto final, dentro del siglo XIX, lo pone Justo Sierra con su participación en la dirección y redacción de una parte de *México, su evolución social*. Ahí aparece con claridad y distinción una historia de México basada en una filosofía de la historia que permite la comprensión de los fenómenos insertos en una marcha total y significativa.

No toda la historia oficial, desde luego, ha sido escrita con la calidad de un Justo Sierra, de un Riva Palacio o un Vigil. Ha habido cantidad de exageraciones y deformaciones, mismas que ocasionaron la aparición del antídoto: la historia de

¹⁰ Ernest Renan, “¿Qué es una nación?”, conferencia dictada en la Sorbona el 11 de marzo de 1882, en Modesto Seara Vázquez, *Del Congreso de Viena a la Paz de Versalles*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1969, 473 p. (Serie Documentos, 1), pp. 171-7.

¹¹ Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970, 475 p. (Serie Documental, 8). *Vid* pp. 183-255.

¹² *Ibidem*, pp. 256-278.

los vencidos, pero una historia de vencidos que poco tiene qué ver con la *visión de los vencidos* que ha recogido de la palabra náhuatl Miguel León-Portilla, sino de unos vencidos que, al escribir historia son, más bien, resentidos. El escribir historia es, para las generaciones posteriores a los hechos, la posibilidad de seguir haciendo la guerra en tiempos de paz; de seguir animando la lucha que terminó en un momento dado, pero que en la conciencia histórica está viva. Esta pugna, si bien ha producido trabajos de calidad deleznable, ha sido positiva cuando se concibe con una capacidad crítica. Al notar el conservador las exageraciones del liberal y mostrarlas con evidencia, la historia oficial tiene que investigar con mayor seriedad para dar la contracrítica al oponente. De la polémica, el espectador y hasta el participante pueden sacar provecho. Y en algunos casos, de la polémica pueden surgir grandes obras: cuando Francisco Bulnes, el gran iconoclasta, publicó *El Verdadero Juárez*, surgieron libros oficialistas como los de Genaro García e Hilarión Frías y Soto que no alcanzaron la calidad del de Bulnes. Mas cuando Justo Sierra dio a conocer su *Juárez, su obra y su tiempo*, surgió una obra que sobrepasó la polémica para afirmarse por mérito propio.¹³

El furor de la historiografía oficial ha cedido terreno a otro tipo de investigación fundada en metodologías rigurosas. La oposición historiográfica liberal-conservadora carece completamente de sentido hoy en día, a la luz de trabajos de investigación basados en enfoques comprensivos de las circunstancias de la época. La historiografía oficial misma, así como la de signo contrario, sonarían ridículas si se empeñan en continuar repitiendo las fórmulas consagradas en los textos de un Alfonso Toro y de un Mariano Cuevas, por respetables que hayan sido en su tiempo. A ellos, como sujetos de la historia de la historiografía, también nos los explicamos y, al cotejarlos con las exigencias actuales, nos resultan caducos; su razón de ser no es la que priva en nuestros días. Se ha repetido con insistencia una frase de Edmundo O'Gorman:

¹³ Para obtener información sobre este tema *cfr. Martín Quitarte, Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970, 265 p. (Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 9).

“no hay qué regañar a los muertos, hay que explicarlos”, y con ese criterio, él mismo nos ha dado una versión equilibrada de la historia mexicana de Apatzingán al Triunfo de la República.¹⁴

La enseñanza de la historia en el bachillerato debe enfocarse con un criterio de libertad para que los estudiantes, con base en un acervo documental e interpretativo, adquieran su propia idea de la historia de México; que cuenten con los instrumentos que les permitan llegar a elaborar, con sus propias ideas, una síntesis de la historia del país, entendida como un proceso que desemboca en el momento en que se vive.

III

Las mismas fuentes han servido a interpretaciones que concluyen en el regaño, la exaltación o la visión ecuánime del pasado. Los liberales románticos le dieron una connotación heroica a todo aquello que contribuyó al logro de una independencia nacional y establecieron una conexión con la modernidad euro-americana todo lo sucedido a partir del final del siglo XVIII. Se hizo común aceptar que la independencia mexicana tuvo como única fuente de inspiración a la Ilustración francesa, por encima de las condiciones intrínsecas de la realidad local. Los defensores de la tradición vieron una situación forzada en todo aquello que los liberales hicieron para adoptar modelos institucionales ensayados en realidades ajenas. En cambio, para los positivistas, todo lo acontecido en la historia resultó lógico y necesario para llegar al punto máximo del proceso evolutivo. Cada generación ha interpretado la historia a su modo, y dentro de cada generación han habido también interpretaciones de signo contrario. Pero, en todo caso, lo que da valor a la obra historiográfica es la penetración analítica con la cual el historiador asimila la información y la manera como la comunica.

La materia prima de la historia de México en el siglo XIX está compuesta por planes políticos, leyes y decretos, informes y proclamas presidenciales, memorias de las Secretarías de Estado, informes diplomáticos, tratados internacionales, panfletos divulgadores de idearios políticos, impresiones de

¹⁴ O’Gorman, *Op. cit., passim.*

viajeros acerca del territorio nacional, material estadístico, cartas cruzadas entre personajes significativos, discursos parlamentarios, etc. En suma, todo aquello que aporta información para lograr un conocimiento de ese mundo histórico particular.

La historia de México ofrece una variedad muy amplia en sus temas. Si la abordamos con un criterio periodizador, nos encontramos con los siguientes momentos: la independencia, la era de Santa Anna, la reforma, la intervención y el imperio, la república restaurada y el porfiriato.¹⁵ La nomenclatura de cada una de éstas épocas obedece a realidades políticas. Pero habría que concebir a lo político en un sentido más amplio que el que denota apenas lo relativo al poder; habría que concebir lo político como la relativo a la *polis*, es decir, a la vida de los hombres en una determinada comunidad, y que integraría los aspectos económico, social y religioso, etc., como en la época en que se generó el vocablo. Entonces, si cada etapa de la historia es una realidad política diferenciada, con rasgos propios que la definen, implicaría esa realidad a los aspectos arriba señalados.

La historiografía ha concebido tradicionalmente así al siglo XIX y ha dado obras monumentales consagradas a dar cuenta y razón de las etapas. Pero en esta antología hemos optado por otro criterio de explicación de la historia. Atenderemos así a algunos de los diversos aspectos que la conforman, a saber: el económico por ser el que plantea las necesidades de los habitantes de este territorio; el social donde se describen las condiciones en que viven los pobladores de México en el tiempo de interés para este libro; el de la organización política porque en él amplían su sentido los dos aspectos anteriores al ser el que ofrece respuestas a nivel nacional a las necesidades de los mexicanos; finalmente el diplomático, restringido sólo a aquellos grandes conflictos cuya repercusión en la historia interna de México alcanzó la mayor trascendencia; es decir, la invasión norteamericana y la intervención francesa.

Los enfoques más recientes del análisis histórico han comenzado a rendir frutos al estudiar la realidad parcialmen-

¹⁵ Bajo ese criterio Ernesto de la Torre y Moisés González Navarro organizaron lo relativo al siglo XIX en Miguel León-Portilla *et al.*, *Historia documental de México*, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1964 (Serie documental, 4).

te,¹⁶ de modo que se habla comúnmente de una historia económica, una historia social, una historia política, etc. Desde luego la historia de sólo un aspecto de la realidad apenas satisfará la comprensión de una parte y no del todo que es la historia. A pesar de ello, puede resultar más penetrante el análisis de las partes si, una vez realizado, se reintegra a la totalidad.

De esta manera, en las páginas que siguen, se presentan tres recorridos por el México del siglo XIX. Desde luego que hay muchos otros aspectos en la historia; recogerlos todos en los límites razonables que impone una antología es posible pero ésta se recargaría en exceso de textos que pueden conocerse al consultar las guías bibliográficas.

¹⁶ Cfr. *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memorias de la Tercera Reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*. Oaxtepec, Morelos, 4-7 de noviembre de 1969, México, Universidad Nacional Autónoma, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971 (Serie documental, 10), en prensa.